

Murcia: Un mes. UNA peseta

Resto de España un trimestre 3 50 id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SELGAS, 4.-MURCIA

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año II

MURCIA.-Sábado 8 de Junio de 1907

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES A PRECIOS SEGUN TARIFA

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GROS DEBEN DIRIGIRSE

Al Director Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Núm. 240

FRUTOS DESAGRADABLES

No han sido halagüeños en frutos para algunos murcianos los últimos hechos ocurridos en el Congreso. Parece que la mala sombra los ha perseguido y de la persecución, como consecuencia necesaria, nació un fracaso bastante ruidoso, que los habrá aleccionado para en el futuro, haciéndoles no olvidar en ninguna ocasión la clase de adversarios con los que se han de entender. Lo sucedido, como lección eloquentísima, debe serles de muy útil provecho, muy convincente para que, en alas del deseo, no se dejen guiar por engañosos bríos, que a la hora del peligró, cuando hay que recurrir a toda la sangre que se tiene y a todos los conocimientos que se poseen, les abandonan recatadamente, dejándoles sin defensas en las propias astas del toro.

No ha vencido Murcia en el Parlamento y no ha triunfado, principalmente, porque las causas defendidas son de las que se defienden contra gusto, y por mandato de superiores órdenes, ante las cuales no hay más remedio que doblegar la cabeza y aventurarse a la desesperada entre el enemigo. Eso es lo que en esta ocasión pone sonrisas en los labios: cuando una causa no posee aquella fuerza moral que nos liga a ella, su defensa no debe ser tomada inexpertamente, porque políticos avezados en lo de hacer blanco al negro, aún intentándolo con mucho acierto, siempre se encuentran en descubierto en algún punto. ¡Cálculése, pues, lo que habrá hecho un joven sin experiencia parlamentaria!

Ninguno de los políticos murcianos, por fatalidades incomprensibles, ha podido hasta ahora quedar a buena y respetable altura, en situación que, llamando la atención en los periódicos sus discursos parlamentarios, merecieran el honor de ser reproducidos y comentados, elogiándose a sus autores. Todo lo más ha merecido algún comentario zumbón, sarcástico, que tendía a herir despiadadamente por entre las floridas galas de algún tropo de doble sentido. La impopularidad de la causa, lo desacreditado de las defensas, la injusticia ensalzada no son motivos que tiendan a dar fama a nadie y más cuando lo mediocre y sin valor real quieren sentar plaza de valiosísimos e importantes; así ha ocurrido que sólo en disfavor de los autores se ha hablado de los discursos últimos.

No porque ello sea de importancia suma a los murcianos nos preocupa esto. La mayoría, obrando cuerdamente, ni siente ni padece con estas cosas, y los otros, por aquello de que una lección a tiempo puede ser utilísima, se regocijan del fracaso, aguardando que las desazones de la derrota espabilen a algunos espíritus y pongan en ellos más conocimientos de la realidad descarnada de los hechos. Los escarceos parlamentarios de ahora, aún molestando algunos orgullosos, deben ser estimados por los que han sentido la flojedad de los argumentos empleados. Ya que no otra cosa, que sólo la dá Dios, conseguirán hacerse algo más sofisticos de lo que son, razonando lo irrazonable, haciendo lógico lo ilógico.

«La Verdad» liberal

«La Verdad» prohibida

Nos engañamos ayer cuando, al replicar a un suelto de «La Verdad», dijimos que esta contestaría a nuestro artículo diciendo que era católica tan sólo; y nos engañamos, porque sin ningún género de dudas el colega estará convencido de que hoy por hoy nadie cree ya en sus afirmaciones y por eso, por no machacar en hierro frío, ni aún se toma el trabajo de jurar y perjurar de su catolicismo, como hacen todos los culpables aún después de la condena.

La prueba de que ya no es lo que fue en su juventud es tan evidente, la variación del remoquete de periódico «católico» por el de «diario de información y noticias», se presta a tan dudosos comentarios, que sinceramente, no pudiendo contestar con ningún argumento de fuerza, calla, y al callar, afirma la opinión que de ella se tiene formada, opinión lógica que se ajusta a la verdad de los hechos. Pero no obstante, por la seriedad de sus suscriptores y por no dejarlos en mal lugar, nosotros creemos que «La Verdad» debía haber seguido afirmando su catolicismo y no quedar con el sambenito de conservador, es decir, de periódico de los que no deben leerse; y como

al decir esto no nos guía ningún interés «La Verdad» debe recobrar su calma, y con ella afirmar lo que antes afirmaba, aunque nadie lo crea. Creemos que atenderá esta indicación y que mañana seguirá con su costumbre antigua, de la cual no hemos de indignarnos, sino reír largamente.

Pero es el caso que si se exceptúa a «Ismael», persona culta que debía escribir en un periódico que además de decirse fuera católico verdaderamente, en «La Verdad» no hay muchas personas que puedan escribir sin tener la atención fija en el partido conservador, por deber ó gratitud.

«La Verdad», que en sus buenos tiempos, cuando tuvo por director a un escritor de «El Motín», se llamaba católica y luego por un poco de tiempo siguió (con la misma petersa, hoy debe de andar muy desilusionada, porque su mesticismo no se presta a seguir por mucho tiempo haciendo equilibrios. Así le ocurrió y le ocurre a «El Universo»—periódico de su misma cuerda—y así mereció que los mismos católicos que le dieron vida se aparten de ellos, criticándolos.

Este mesticismo, que lo mismo en «La Verdad» que en «El Universo» se ha mostrado defendiendo a los conservadores, dió origen a famosos artículos de «El Correo Español» y «El Siglo Futuro» que bien pudieran aplicarse a «La Verdad», porque en ellos se dijo «que era perpetuo gancho para resgar gente del campo católico y meterla en el liberalismo-conservador, de comparación, primero, y de cómplice, después.»

Por ello hemos visto que «La Verdad», que tiene ó tuvo redactores empleados por los conservadores, que publica los telegramas oficiales de Cortes teniendo su servicio aparte, que dedica preferente atención a los conservadores, no se ocupó ó si se ocupó muy poco, del banquete carlista, en el cual hubo más de mil comensales, no ensalzó a la minoría católica del Congreso y Senado, no dijo casi nada del triunfo de estos, elogia (su correspondencia) al «Centro de Acción Católica de Totana», donde se reclutan partidarios para los conservadores, por que son mestizos como «La Verdad», no habla contra la creación del «Centro de Acción Católica de Lorca», creado exclusivamente para defender la política de Mellado y cuando murió Noceval, persona que hizo más por los católicos que mil periódicos juntos, sólo hizo de redacción una noticia para el difunto, porque allí no podían «tragar su política libre de máculas. Si luego publicó un artículo notable, fué por que se lo enviaron.

«La Verdad» ha tenido siempre el privilegio de demostrar que es liberal y si no fuera por los artículos de «Ismael», con los cuales podremos no estar conformes, pero que son como deben «ser en un periódico católico verdad», hace tiempo que habría caído en el más mortal de los olvidos, rechazada hasta de sus propios amigos.

La jefatura «indivisible» de la Cierva, creyendo que ya no se le habían visto las orejas, le dió motivo para en su editorial, con firma, rechazar oficiosamente los rumores de disidencia, afirmando con dominio de causa la verdad absoluta de los hechos; y, naturalmente, como se sospechaba algo, el público creyó que la nueva «postura» era ya oficial, teniendo nosotros que desmentirlo.

«La Verdad» puede no ser conservadora, pero como ha defendido esta política—más nefasta que la liberal, según los periódicos ateos «El Correo Español» y «El Siglo Futuro»—resulta mestizo, y el mesticismo es algo peor que todos los liberalismos juntos, como probaremos con opiniones irrefutables de periódicos «católicos verdad»

PLUMAZOS

El imperio de la justicia.

Que estamos en tiempos de la verdadera justicia, la de partido, es innegable. Maura, ese buen hombre que a veces se complace en demostrarnos su hombría de bien de la manera más extravagante que halla a la mano, se empeña por lo demás en hacernos ver así. Lo ocurrido últimamente en Valencia es una prueba bastante evidente de ello. Su ingenio, que no reparan causas legales ó injustas para dar fe de vida, es demasiado fecundo cuando de exteriorizar travesuras se trata. ¡El no comprende una justicia sin el aditamento de la ilegalidad harto necesaria para este país de bromistas y analfabetos donde gustamos tanto de hablar de lo justo para disminuir en nuestra mente lo ilegal.

Lo ocurrido en Valencia, dónde unos cuantos síbilos encaminados a excitar la graciosa cólera de los «después de Dios», duenos absolutos de cielo y tierra motivara la intervención de la fuerza armada es, por lo mismo, una minucia, de la que apenas hemos hecho caso. Los españoles, que siempre hicimos buenas migas con el Omnipotente, comprendemos en efecto que la justicia no debe brillar siempre en demasia, para que no se gaste más de lo razonable. ¿Qué sería sino de las gentes pacíficas, si ella se mostrase igual a todos los mortales, como los ignorantes reclaman? Tal vez esos tres heridos de Valencia camparian por sus respetos realizando nuevas abominables fechorías en las personas de los ministros de Dios, personas a quienes se deben reservar toda clase de justicias, como seres que son muy superiores a nosotros.

Y esto sería atentar contra lo que, en nuestra decencia agonizante, hemos respetado hasta aquí por entendíamos que debía serlo. Maura ha obrado perfectamente al exteriorizar sus pensamientos justiceros en esos tres individuos heridos por el delito enorme de sibir a personas inviolables por todos sentidos. Tengan ó no razón, los miseros no deben hacer nada que intente excluirlos de tal concepto.

No todos somos iguales ante el hombre de los tres adverbios...

NAZARIN.

Madrid al día

Crónica Parlamentaria

(De nuestro redactor-corresponsal)

La constitución de una Cámara es una tarde perdida.

A las tres en punto el vicepresidente interino Sr. Aparicio anuncia que se va a proceder a la constitución del Congreso; los timbres comienzan en los pasillos a sonar estridentes, llamando a los diputados para que se posesionen de los respectivos escaños, y una avalancha de señores, vestidos de rigurosa etiqueta, penetra en la sala. Todo el mundo habla, en pie, en medio del hemiciclo, mientras se verifica con lentitud monótona, la elección de la Mesa. Primero es elegido el Presidente, por medio de papeletas que cada diputado va depositando en una urna colocada en el centro de la mesa presidencial. Resulta elegido el Sr. Dato por 250 votos. Después son elegidos los vicepresidentes y secretarios por el orden siguiente:

Vicepresidentes.—Sr. Aparicio, 219 votos; Sr. Mochales, 214; Sr. Prado, 208; señor Azcárate, 125.

Secretarios.—Sr. Castell, 125; Sr. Santa Cruz, 114; Sr. Silvela, 108; Sr. Ventosa, 65.

Estas operaciones duran cerca de dos horas.

El señor Dato ocupa después la presidencia y juran los diputados de dos en dos, colocándose de rodillas delante del señor Dato, el cual les va estrechando la mano. Los diputados antidinásticos, carlistas, republicanos y solidarios en vez de jurar prometen de pie, colocando la mano sobre el corazón, mano que estrecha también afectuosamente el señor Presidente, y, esta ceremonia concluida, se hace un profundo silencio en la Cámara, y es que va a hacer su discurso de presentación el Presidente ya en efectivo, y comienza a hablar reposadamente, marcando bien los conceptos de su discurso.

El Sr. Dato se considera elevado a un sitial que no le corresponde, ocupar, por lo que agradece mucho más a la Cámara su designación, promete prescindir de apasionamientos de partido para desde su estrado defender el derecho de todos y de cada uno de los diputados, contando con que estos le ayudarán con su patriotismo, con su prudencia, a mantener el prestigio de tan alto cuerpo, y velando todos por el estricto cumplimiento del reglamento.

Después el Sr. Dato entró en materia afirmando que a estas cosas les está encomendadas transcendentales reformas, en la judicatura, en la administración, y en otras cuestiones sociales, aconsejando a todos gran patriotismo para la obra común.

De la Solidaridad manifestó el Sr. Dato que no es un peligro como algunos han querido ver, le parece bien la Solidaridad, no ya catalana, sino la de todas las regiones, para defender aquellos puntos particularísimos que afectan a la índole de cada región, imponiendo las distintas tradiciones,

que son compatibles con la unidad de la Patria.

Al Sr. Azcárate le dedicó grandes elogios, considerándole postergado con ocupar la cuarta vice-presidencia, por la especialísima condición de estos puertos políticos, pero que de derecho le correspondía ocupar el puesto más permanente de la mesa.

Y después de solicitar nuevamente la benevolencia de todos acabó un discurso, que fué acogido con grandes aplausos de la mayoría.

El Sr. Dato ha estado como siempre, prudente, comedido y sincero.

Cuando se suspendió la sesión para proceder al nombramiento de Comisiones eran las cinco y media. Ha empleado, por tanto, el Congreso en constituirse dos horas y media.

RAFAEL MAROTO

7-6-1907.

Nuestros Colaboradores

DE LITERATURA

Sobre unas opiniones

En el número correspondiente al próximo pasado jueves, aparece en este periódico y con el título que encabeza el presente, un artículo en el que se pretende criticar algunas de las opiniones emitidas por varios literatos murcianos a la pregunta hecha en el semanario «Murcia» acerca del porvenir del Modernismo.

No sabemos quién sea el autor del citado artículo toda vez que se escuda bajo la máscara del pseudónimo; y como no nos gusta medir nuestras armas con caballeros disfrazados, dejamos para ocasión más propicia—caso de que se presente—el entablado discusión acerca de la razón ó sinrazón que asiste al beligeró Zoilo, en cuestión; limitándonos por ahora a llamar la atención del articulista sobre omisiones lamentables padecidas al hablar de las respuestas dadas a la pregunta: ¿En qué terminará esto del Modernismo en Literatura?

Nada nos extraña que por insulsas, incoloras é insipidas no lleguen a nombrarse algunas de ellas, pero si nos llama la atención que otra muy sabrosa, muy exquisita, muy dulcisísima sea relegada a un olvido que ciertamente no merece.

Acaso no ha reparado bien Heliarte en la respuesta dada por el insigne cuanto melancolizado vate de los boulevares murcianos?

¡Oh, pio Heliarte, tu omisión es imperdonable!

Pues qué, ¿no te parece digno de que tú desentrañes y comentes con la gracia y atildamiento puestos en el precitado artículo de que nos ocupamos, aquello para nosotros inescrutables de: «lo estragado es el más alto grado de lo exquisito»?

¿O es que tu número es tan gárrulo que se amedrenta ante la erudición aplastante del raro ingenio murciano que desdén codearse literariamente con rapaces literarios como Galdós y Echeagaray?

¿O es que al escribir el artículo predicho no te movió otra causa que la pedantería, ni otro afán, que el prurito de exhibición natural en todo aquel que no teniendo méritos propios, apela a la censura de los que los poseen, para hacerse notar de los demás?

¿O es que tu artículo, más que a censurar las opiniones personalísimas—y ninguna opinión es censurable—tiene por único y exclusivo objeto zaherir y molestar a determinadas personas, que tal vez no te hayan causado daño alguno y a los que puedes profesar una antipatía ó un odio sistemáticos?

Carísimo Heliarte, lamentamos tu omisión; y el disgusto tan enorme que debieron causarte las respuestas que varios señores dieron a la pregunta hecha en «Murcia» sobre el porvenir del Modernismo, a juzgar por la crítica feroz y sangrienta al par que placida y melancólica, que de ellas hiciste.

Con un sabrosísimo manjar que el culinario Frutos le diera, quizá no te quedarán ganas de seguir molestándonos con tus cosas de hipérbico del yo.

FELIX DEL PUERTO.

NOTAS

Tantas quejas hemos transmitido ya al alcalde, que éste, por no verse obligado a olvidar ninguna, las ha desatendido todas. No podía menos de ocurrir así. Nosotros sabemos que el alcalde era poco amigo de aguantar quejas y no nos extrañamos. El único que se suele extrañar de vez en cuando es él, que no puede resistir las censuras justas.

Hoy que tenemos necesidad de llamar su atención sobre otra cosa necesaria y razonable, no sabemos como decirse, para que no se disguste y la haga. Apelaríamos a mil circunloquios, utilizaríamos cien mil metáforas si no viviésemos la vida de que quizás no los comprenda y tal vez llegue a enfadarse, enviando rectificaciones al periódico que «no es» (que conste) conservador.

Nuestra queja es fundada, perfectamente lógica lo que seguramente no será tan fundado ni tan lógico es que se atienda. Para ello, entre otros mil inconvenientes, hay el más arribado.

¿Cómo nos quejaremos al alcalde? De ninguna manera; siempre resultará contraproducente. Aconsejémosle, pues, que no persiga a los perros y que los deje morder a los transeúntes, que ahora todo lo más que puede ocurrir es que mal bien é inoculen a unas cuantas personas.

Desde que se dilucidó eso del feto del Río en el Ayuntamiento, las sesiones municipales han ganado en importancia. Antes nadie se preocupaba de lo que ocurría allí; mas ahora, desde que a algunos concejales se les puso en la cabeza sacar a la luz pública varios antecedentes del asunto, el gentío acude de un modo desparpantado al Municipio, aprustándose para tributar una calorosa ovación a los que en tiempos pasados defendieron tan bien los intereses municipales.

Cada sesión que se verifica es un verdadero jubileo, en el cual se ven caras que gozan cuando hay mientes como puños y presienten que van a haber puños como mientes.

El piquillo de las 90.000 pesetas—que es tan respetable como el de Teide—impresionó vivamente a la multitud, que razona cuerdamente el empleo que se puede dar a esa cantidad en beneficio de la población.

El día que se resolvió en favor ó en contra del Municipio quién es el que debe pagar el importe del peito, se sabrá cuál es la impresión verdadera del público.

El ingeniero jefe de Obras públicas, creemos que por nuestras denuncias, ha dicho—según leemos en un colega—que la instalación de tranvías no deja nada que desear, que se ajusta a la concesión; pero que no obstante, adolece de algunos defectos que «no son imputables a la empresa».

¿Adolece de algunos defectos que no son imputables a la compañía? ¿A quién serán imputables entonces?

Meditemos.

CUENTO

EN BABILONIA

Cuando, empujado por el gentío, aturdido por el vodevilo, quebrantado del largo viaje, se vió en la estación, miró alrededor con una curiosidad ardiente, insaciable. ¡Babilonia! Diferente debía de ser allí hasta el aire que se respira, en el cual flotarian, de seguro, partículas de esencia embriagadora. Tan preocupado y absorto se quedó, que un mozo de la estación tuvo que darle un grito, llamándole a la realidad. Era preciso verificar el salvamento del equipaje, pensar en majetas, sacos y portamantas... Luis se avivó, y diez minutos después robaba en fiacre, camino del hotel de primer orden.

Las luces y las sombras de la ciudad; esa grandeza misteriosa que adquieren las hiladas de edificios en las horas nocturnas; las masas imponentes de los jardines de arrogante arbolado, entrevistas a derecha é izquierda; el espejar del río, ancho y majestuoso bajo la espaciada diadema de sus regiones puentes; todo habló al alma de Luis, pero distinto lenguaje del que esperaba. Aquello no era la Babilonia diabólica de pérdida atractivo, la Babilonia «inquietante». Esta palabrilla la tenía Luis clavada en el pensamiento. «¡Inquietante!» Los veintinueve años de Luis suspiraban por inquietudes, como los sesenta suspiran por la paz...

La picara suerte había querido que hasta entonces sólo pacíficos mares navegase aquel esquife nuevo ansioso de tormentas. Entre un abuelo precavido y severísimo y una madre de estrecho criterio y devotas costumbres, Luis en su rincón de provincia del Sur, vegetaba sanamente—¡es tan sano vege-

